

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

BIEN sé que publicar que a uno mismo no le hacen tilín los perros (ni otros animales, de hogar) es correr un riesgo frente a buena parte de los lectores, sin cuyo aliento el escritor se ahoga. Si hoy me atrevo, es porque puedo decirlo en pasado, purificado por la enmienda.

He tenido una temporada larga y comprometida en que a una boda, varios cumpleaños y dos medallas (del Mérito, Agrícola) vino a sumarse el horror-socialmente- de las primeras comuniones. Siempre, siempre se habló de "ellos" -sus desayunos, los daños a terceros, las vacunas-, sucesores del tema de las residencias secundarias, que en su día habían reemplazado al de los coches conseguidos por recomendación. Principios científicos sobre las razas eran intercambiados con seriedad. Otras veces se descendía a detalles ornamentales pero no triviales, como el asunto de los champús. Y unas señoras celestineaban sin rubor sobre propicios apareamientos, en beneficio de un macho dogo alemán enorme y de una hembra pura de similar condición. Me acordé de que en la filosofía unamuniana, si el perro fuese racional y se le preguntara ¿para quién hizo Dios el mundo?, contestaría que para el perro, y nadie dirá que la respuesta sea tonta. Algo chocante sí me parece la misma afirmación canina en boca de hombres.

Pero a más de su presencia absorbente en la conversación los perros están ahí en persona -sí, en persona-: salen a recibirme juguetones en los vestíbulos de las casas amigas; me corren por todo el jardín de mis anfitriones; y como son animales listos -a cada cual lo suyo- intuyen mi secreta renuencia, que a veces es temor, y me gastan la broma entre cariñosa y agresiva de mordisquearme los pantalones con amenaza de las piernas, todo bajo la mirada cómplice y hasta divertida de sus amos. A los cuales yo debo sonreír, satisfecho: agradecido.

De modo que me he tomado una reflexión. Está claro que debo jugar o no arrimarme a la mesa de juego. Herrar o dejar el banco. Retirarme a una isla desierta o vivir en la sociedad de los hombres. De los hombres pero con los perros. Decidí pactar con los perros.

Y resulta que no me pesa. Tampoco es que se trate de una conversión entusiasta -por esto mismo confío en ella-; pero sí, las cosas han cambiado y yo lo noto en los ojos

sagaces de mis aliados, veo su consideración creciente, como si yo fuera, para ellos, un hombre sin sombra de bastardía, digamos un hombre con "pedigree".

Lástima que ya empiece a inquietarme por la incesante escalada. A sufrir el temor de que los perros sean sobrepasados -hay indicios por domésticos micos, jibones, guacamayos, osos enanos y cachorros de ocelote cuando no del jaquarondi. Ahora que al fin me estoy encariñando con los canes, no quiero ni pensar en alianzas con el gran mainate de la India, que se anuncia como un discreto encanto burgués.

*

EN mis tímidos acercamientos a la música, siento una gran afición por los matrimonios instrumentales raros, cuando no morganáticos. (Y no tengo escrúpulos pero, si cuadra, algún chocante "mènage a trois".) Por esto el eterno dúo del violín y el piano 'lo puedo perdonar, y en cambio no me pierdo la ocasión de un clarinete, por ejemplo, cortejando las delicadezas de un arpa melindrosa.

Las *Campanas de Bastabales* o el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, cantados los poemas sobre el acompañamiento hondo y seguro del violonchelo, constituyeron -al menos para mí una novedad emocionante. La voz es la del berciano Amancio Prada, y la cuerda está al cuidado del argentino Gattinoni. Pasaron por León hace unos meses y no con las debidas resonancias. Luego, para alcanzar su audición tenía que acercarse uno a Montparnasse, o acertar con la sintonía oportuna -deseable, pero excesiva casualidad- en las ondas de France Culture...

Ahora se vislumbra una mejor posibilidad. En este mismo otoño, otra vez dentro de nuestra ciudad, acaso la poesía y la música vengán a dar una buena tarde al público avisado. Quiero decir, a ese grupo de ciudadanos capaces de intuir un acontecimiento que, si lo dejaran pasar, ellos se lo perderían.

*

CUANDO en el cementerio entierran al muerto de nuestros afectos, con él

entierran un poco de nosotros mismos. Quizá no nos damos cuenta cabal en el momento de los rezos litúrgicos y de las paladas de tierra, sino un poco después, cuando ya cruzado el Torío entrarnos en el río humano de las calles y advertimos que la ciudad ha cambiado, envejecido, aunque sea con una arruguilla que sólo entiende una mirada sutil.

La ciudad está hecha de edificios y de árboles, de cafeterías y cafés, de Bancos con mayúscula y bancos con respaldo, de olores característicos y de sonidos familiares. Pero nunca existiría propiamente si no fuera por los hombres y mujeres que están, que pasan. Algunos, nadie sabe por qué, terminan incorporándose al paisaje urbano en una sola pieza inmovible. Vale un humilde vendedor callejero, aquel cura paseante con su cigarro eterno, un profesional conocido... Son, sencillamente los tipos de la ciudad. Y el día que se van, nos dejan el desencanto del socavón o del árbol desgajado por el viento.

Don Olegario, apenas hay que decir don Olegario Llamazares, llevaba noventa años ejerciendo de leonés enterizo. A punto de empezar un nuevo otoño, se nos cansó. Y si uno sabe mirar, algo falta ahora en ese camino principal que va de Guzmán al Café Victoria, del Victoria a Guzmán.